

EMILIO CARRERE
EL BOHEMIO DE MADRID

Alejandro Riera Guignet

EDICIONES LA LIBRERÍA

© Alejandro Riera Guignet, 2011
© de esta edición, Ediciones La Librería, 2011
C/ Arenal, 21
28013 MADRID
Telf.: 91 541 71 70
Fax: 91 542 58 89
E-mail: info@edicioneslalibreria.com

Cubierta y maquetación: Javier Fernández Lizán

ISBN: 978-84-9873-109-5

Depósito Legal: S-109-2011

Impreso en España/Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

I. INFANCIA Y JUVENTUD	13
<i>Yo fui un niño enfermizo, pálido y enlutado...</i>	13
Un reino de pompas de jabón.....	16
Risas y canciones en la plaza de Oriente	20
El primer amor	23
Amistades de infancia.....	25
Nacimiento y pronta muerte de un cómico de la legua.....	27
<i>Estudiantina</i>	31
Primeras tertulias	33
El Tribunal de Cuentas engulle a un poeta	39
Encuentros	43
<i>Románticas</i>	48
<i>El encanto de la bohemia</i>	51
El bohemio del Tribunal de Cuentas	53
<i>La corte de los poetas</i>	56
Cuando Madrid era un piropo.....	58
El bohemio se consagra en público: <i>La musa del arroyo</i>	60
La creación del personaje	64
II. LA HORA DEL ESCRITOR.....	69
El poeta encuentra su estilo literario	69
La Promoción de El Cuento Semanal.....	73
El camarero Agapito	79
El alcohol y las mujeres	80
El Café Varela	82
Una noche bohemia con Emilio Carrere.....	85
Carrere y las tablas del teatro	93

Los polichinelas destrozados	95
Madame Pimentón	99
El retablillo literario de Emilio Carrere.....	101
Conferencia en el Teatro de la Princesa	106
Noche eterna en la calle de Ceres	111
<i>Los ojos de la diablesa</i>	113
La blanca poesía de la nieve	115
Carrere en <i>Vida Socialista</i>	118
<i>Un hombre terrible</i>	122
Afanes familiares	123
El poema del corazón	126
<i>Almas, brujas y espectros grotescos</i>	129
El propegnáculo de la bohemia	134
Segundo intento: el cenáculo de Ernesto Bark.....	136
<i>Aguafuerte taurino</i>	138
Producción en serie	141
<i>Glosas de la guerra</i>	144
¿Intento de asesinato?	152
<i>Dietario sentimental</i>	154
El último secreto de Felipe Trigo	157
Aparece el señor Catafalco	160
El cristal se empaña.....	162
La muerte de la bohemia	164
<i>Los diablos de la ruleta</i>	166
El jardín de Eros.....	168
El poeta del mono azul	170
Otra primavera	172
<i>La torre de los siete jorobados</i>	177
<i>La conversión de Florestán</i>	178
Rosaura Mimí	181
El primer viaje	182
Los hijos crecen. El poeta también	184
<i>El sacrificio</i>	185
Asesinato en el Teatro Eslava	188
<i>La mujer sin cara</i>	190
De poeta a poeta: Carrere y Lorenzo Roldán	191
<i>La canción de las horas</i>	193
El bohemio cesante.....	195
El proceso de Emilio Carrere.....	196

La ruptura	199
<i>La casa de la cruz</i> y el cocido del Café Castilla	201
Tensiones con el dictador y un viaje frustrado.....	202
<i>La rebelión de los fantoches</i>	205
<i>Cartageneras</i>	209
Tramas sentimentales	210
El autor pierde los nervios	212
Se acerca la Intrusa.....	213
La herencia	214
La Esfinge habla	217
III. REPÚBLICA Y GUERRA CIVIL	223
Equilibrios en el alambre.....	223
Sobreviviendo en épocas turbulentas	228
Emilio Carrere en <i>La Libertad</i>	230
El Barbero Lamparilla y el fotógrafo Alfonso	236
<i>Informaciones</i>	239
La máscara de la revolución.....	244
Nochebuena en el manicomio	246
Noches de cementerio	251
IV. POSGUERRA	255
Emilio Carrere y los vencedores: el precio a pagar.....	255
Erial.....	256
La sombra de Gálvez y la búsqueda de Gustavo Carrere	259
La mochila del muerto.....	261
La Casa de las Flores	263
El reinicio de una carrera literaria	264
Carrere y Pujol: una amistad a prueba.....	265
Emilio Carrere en el diario <i>Madrid</i>	268
«Epitafio de un poeta».....	269
El enemigo del progreso	270
El caleidoscopio de Madrid	273
La ciudad de Madrid	274
Los lectores de Emilio Carrere.....	275
Los lectores colaboran con Carrere	276
La fiesta de la mantilla.....	278
El extraño caso de Lucía Desmarins.....	282
Cuando robaron la espada de Cervantes	284
Wenceslao Fernández Flórez y la noche	286
El poeta, los duendes y Evaristo Casariego	288

Los habitantes del Café Castilla	290
El mundo de la farándula	293
<i>A telón corrido</i>	296
Estalla la guerra con los libreros	298
<i>Nueve millones</i>	300
Carrere y la linterna mágica	302
La popularidad en los años cuarenta	304
El Círculo de Bellas Artes, los homenajes y las celebraciones populares	307
Los años finales	310
<i>El caballero de la muerte</i>	311
<i>Nocturnos de otoño</i>	325
CRONOLOGÍA	329
BIBLIOGRAFÍA MÁS RECIENTE	343
I) Bibliografía más reciente de Emilio Carrere	343
II) Bibliografía más reciente sobre Emilio Carrere	344
III) Webgrafía	346
ÍNDICE ALFABÉTICO	347

I. INFANCIA Y JUVENTUD ¹

Yo fui un niño enfermizo, pálido y enlutado...

Año de 1881. Nos encontramos en plena Restauración monárquica. Cánovas del Castillo ha logrado reunir a la mayoría de las fuerzas políticas en torno al rey y, de esta manera, ha otorgado cierta estabilidad a la nación. Mediante la ficción del turno de partidos se ha alcanzado un periodo de equilibrio aparente tras los años de tensión republicana.

El periodo muestra un balance de indudable estabilidad pero sobre una base socioeconómica arcaica. La sociedad española presenta todavía una estructura tradicional con una aristocracia que se resiste a perder sus privilegios a pesar de su franca decadencia, a la vez que se produce un cierto desarrollo industrial que lleva al país hacia un capitalismo naciente.

Mientras empresarios y banqueros beben el jugo de este desarrollo, toda una clase media intelectual se ve apartada del dinero y de la riqueza. Se trata de un grupo de artistas y escritores que tampoco se sienten identificados con la clase proletaria y que se refugian en periódicos y tertulias donde dan rienda suelta a su

1 Para la elaboración de esta biografía ha sido imprescindible la amable colaboración de la familia Carrere. Igualmente, hemos conocido datos y anécdotas gracias a la serie de artículos titulada «Emilio Carrere, el novio de Madrid» que publicó el periodista Leocadio Mejías en el diario *Madrid* del 27 de mayo al 22 de octubre de 1952. Las fuentes restantes quedan indicadas en las notas al pie.

descontento. Ellos van a ser los que se adscriban a las filas del Modernismo artístico y expresarán su malestar mediante actitudes de aislamiento aristocrático y refinado o con actitudes asociales y amorales. Estos últimos nutrirán las filas de una primera generación bohemia áspera y malencarada.

Frente a estos marginados, la Restauración se caracteriza por su afán de seriedad y de austeridad moral. La República de 1873 ya era historia y Alfonso XII iba a reinar hasta 1885, año de su fallecimiento. Será entonces cuando asuma la regencia su esposa, María Cristina, prosiguiendo con el tono de gris austeridad característico del periodo.

Don Senén Canido Pardo aprendió a navegar perfectamente en las aguas de la Restauración. Aunque era oriundo de Pontevedra, se había trasladado a Madrid para entrar al servicio de don Saturnino Álvarez Bugallal como ayuda de cámara. Don Saturnino fue ministro, embajador, gran jurista y tenía uno de los bufetes de abogados más prestigiosos de Madrid. Senén, animado por él, estudió la carrera de Derecho y se hizo abogado. A la muerte de Bugallal le sucedió en el bufete y adquirió pronto una gran reputación como jurista y abogado. Con el tiempo don Senén ira dejando el bufete para dedicarse a la política, y acabará militando en el partido conservador. El futuro le deparaba, aunque aún no lo sabía, una brillante carrera como diputado por Celanova (Orense), senador vitalicio, magistrado del Tribunal Supremo, académico de la Real Academia de Legislación y Jurisprudencia y presidente del Tribunal de Cuentas. Cuando conoce a Eloísa Carrere toda esta brillante trayectoria se inicia apenas, pero sabe que, en el resbaladizo mundo de la política, cualquier avatar puede hundir o encumbrar una carrera. Por eso, don Senén no recibió con alegría la noticia del embarazo de Eloísa. Aquello podía suponer un grave tropiezo en su ambiciosa trayectoria. El futuro prócer, temeroso y prudente, se alejó entonces de aquella mujer a la que había amado y se enfrascó en la escarpada pendiente de sus ambiciones políticas.

Eloísa alumbró a su pequeño un frío mes de diciembre de 1881 sin la protección paterna. El niño vio la luz en el número 7 de la plaza de Matute, el 18 de diciembre a las nueve de la noche. La mujer no habría de acompañar a su niño más que un mes; treinta días tan solo de amor materno, pues luchó, se debatió pero, finalmente, falleció por complicaciones del parto.

Tampoco entonces el poderoso progenitor se ocupará del recién nacido. El pequeño fue recogido por su abuela materna, Manuela Moreno Huit, una mujer menuda y de maneras elegantes que siempre llevó en el pecho un medallón con el retrato de su hija Eloísa. Manolita cuidó con amor a ese pequeño al que se bautizó con los nombres de Emilio Mariano Senén, este último, sin duda, como recuerdo de su padre. El futuro poeta, sin embargo, presumiendo de sus resonancias francesas, siempre firmará con el apellido materno: Emilio Carrere.

Manolita y el pequeño iniciaron entonces un difícil peregrinaje por las calles de Madrid en busca de la supervivencia. Viendo a las dos siluetas de casa en casa parece que ya desde la infancia los hados destinan al escritor a ser el perseguidor de su sombra por las calles de la capital.

La abuela recibía una minúscula pensión concedida por la reina Isabel II. Su difunto marido había sido médico de la reina y, por esta razón le habían concedido ese beneficio. Esa pensión daba apenas para pagar el piso y un ama de cría. Para comer, sin embargo, no era suficiente y Manolita tenía que recurrir a sus amistades para que los invitaran. Ya desde entonces la literatura entra en la vida del futuro escritor pues entre sus amigos se encontraba la familia Bacarisse, de los que eran familiares lejanos y que vivían en un chalecito de la Prosperidad.

No cabe duda que Emilio encontró en doña Manolita parte del amor materno que le fue negado por las circunstancias de su nacimiento. Desgraciadamente, con su abuela nunca conoció la disciplina necesaria para toda vida que empieza. El amor incondicional de su abuela y la falta de autoridad paterna forjarán, sin duda, el carácter del futuro escritor.

Por el año de 1884 doña Manolita y el pequeño se mudaron a la calle de San Carlos. Emilio contaba ya tres años y se mostraba arisco en las visitas «de cumplido» de su abuela y solo aceptaba comer patatas fritas. Con el tiempo, aprendería a hacer las reverencias necesarias a posibles benefactores. Lo que sí aprendió con entusiasmo fue a leer de la mano de su prima Amelia.

Mientras Emilio descifraba letras y palabras el mundo político cambiaba pero sin cambiar apenas. Corre el año de 1885. Alfonso XII ha fallecido y Cánovas se estremece ¿podría sobrevivir la Restauración a la muerte del monarca? Se inicia, entonces, la Regencia de María Cristina de Habsburgo que se prolongará hasta 1902, cuando su hijo, con dieciséis años, la releve en el trono. Las cosas parecen, pues, estables en el trono y, desde el punto de vista político, prosigue el simulacro con la alternancia de gobiernos liberales y conservadores. España cuenta por entonces con un censo de más de dieciocho millones de habitantes y dos de esos habitantes continúan su peregrinación por las calles de la capital. Una mujer luchadora llamada Manolita y un niño introvertido, tímido y temeroso llamado Emilio.

Un reino de pompas de jabón

La abuela y el niño vivieron en la calle de San Carlos hasta que Emilio cumplió seis años. Manolita no le dejaba jugar con los niños de la calle y, solitario, se quedaba en el balcón haciendo pompas de jabón que atraían a los pequeños que corrían en libertad. Los niños se arremolinaban abajo y le veían crear de la nada irisadas maravillas que los dejaban estupefactos. ¡Qué imponente debía vérselo desde la calle en su labor de mago! Y qué importancia tendrá siempre para el niño y para el hombre la aprobación de la mirada ajena. El pequeño hacía pompas y pompas pero todo acaba cansando. Lo que él ansiaba de verdad era salir a la calle. De manera nada sorprendente, el niño arisco se convirtió en niño solícito y se ofrecía para cualquier recado. En uno de sus encargos tuvo el primer encontronazo con la muerte, aquella maldita Intrusa que habrá de obsesionarle toda la vida.

Fue cuando descubrió en una de las ventanas de la planta baja el cadáver de una niña. Formaba parte de los grupitos que jugaban en la calle pero ahora sus trenzas negras contrastaban muchísimo con su carita pálida:

¡Toda la noche gimen los negros perros errantes!...
 ¡Oh pobre virgen, muerta en aroma de juventud!
 ¡Luego vinieron dos hombres negros y alucinantes
 trayendo en hombros un ataúd!²

Conforme el pequeño iba creciendo los gastos aumentaban y el piso modesto donde vivían comenzó a hacerse caro. Doña Manolita decidió, en consecuencia, mudarse a la calle de Fomento. Allí se hizo amiga de Consuelo Sierra, más joven que ella y en su misma situación de desamparo. Carrere la recuerda como una dama con los cabellos blancos, como empolvados, envuelta en largos gabanes amplios, como hopalandas. Las dos mujeres, ante los ojos atentos del niño, solían cenar café con media tostada en el Café San Marcial. Por «media» se entendía la mitad de un panecillo y podía ser «de arriba» o «de abajo» según fuera la parte del pan solicitada. Miguel Ramos Carrión, el autor de la famosa zarzuela *Agua, azucarillos y aguardiente*, nos facilita la receta del succulento manjar:

Coge un cuchillo y después
 con la mayor igualdad
 divide por la mitad
 un panecillo francés.

Toma la parte inferior,
 sobre una parrilla luego
 colócala sobre el fuego
 a lento y suave calor,
 y antes que se ponga seca,
 cuando esté casi dorada,
 ya del fuego reparada
 úntala bien con manteca.

2 Emilio Carrere: «Voces de agorería», en *Antología poética*. Madrid: Vassallo de Mumbert, 1971, p. 109.

Así, con poco trabajo,
tierna, sencilla y sabrosa,
conseguirás la famosa
media tostada de abajo.

Es plato que hace cualquiera
y se toma comúnmente
con un café bien caliente,
y modista... o chalequera.³

Muchas fueron las páginas que dedicó Emilio a este trozo de pan untado con manteca:

¡La media tostada es tan literaria! Ella es la inseparable de nuestros lastimosos años juveniles, la «rubia» compañera de esta bohemia sin Mimí. Los burgueses gordos y bovinos no conocen su encanto, pero quizás a ella deben las letras patrias algunas de sus más intensas páginas artísticas. El café es nuestro único hogar: su ambiente es suave y cálido, los divanes nos ofrecen su maternal regazo; aquí se pueden soñar bellas obras futuras, pensar en las amantes que nunca hemos tenido, que son las más seductoras. Y todo por esa inapreciable tira de pan con manteca, rubia como una princesa del Rhin...⁴

El «café con media» fue alimento de muchos bohemios de principios de siglo xx, muchos «asaltaban» a amigos para pedirles dinero y conseguir el deseado manjar. Gustavo Belza, un bajo de ópera, abordaba así a los parroquianos:

—¿Está usted en fondos para que el pobre Belza «se atice» un café con media?⁵

Otros, como el escritor Félix Méndez en el Café Fornos, la solicitaban con mucha prosopopeya a sus camareros de confianza:

- 3 Este poema lo menciona el profesor José Montero Padilla en el prólogo de su antología de Emilio Carrere que citamos en la bibliografía.
- 4 Emilio Carrere: *El reino de la calderilla*. Madrid: Valdemar, 2006, pp. 237-238.
- 5 Emilio Carrere: «La restauración del café con media», en *Madrid*, año VII, n.º 1901 (miércoles 16 de mayo de 1945), p. 3.

—Dile al cocinero que corte la media tostada de arriba muy finita, muy finita y me traes la de abajo con mucha manteca.⁶

Pero el pequeño Emilio está todavía muy lejos de vivir la vida bohemia de los cafés. Ahora se sienta con las dos mujeres, escucha sus conversaciones, come un poco y, sin duda, se aburre mucho... Junto al café con media en ese momento y en ese lugar, se desliza, de nuevo, la literatura en la vida del pequeño pues Consuelo era viuda de Eulogio Florentino Sanz, el poeta. Lo singular era, sin embargo, que también frecuentaba el café la primera novia del poeta, Matilde Benavides y entre ambas mujeres, a pesar de haber amado al mismo hombre, había una cálida amistad. Matilde se vino a Madrid cuando supo que Florentino se había casado y se hizo, entonces, muy amiga de la esposa de su antiguo novio. Carrere la describió con sus ojos azules y su perfil aguileño muchos años después:

Doña Matildita Benavides no dejó un solo día de ver a su tornadizo poeta, casado con otra mujer más hermosa que ella, de quien fue leal amiga. Fue la suya una fidelidad más dolorosa y más abnegada, en una vocación de castidad y de renunciamiento. Yo la conocí, ya al fin de sus días, pobre y solitaria, con el recuerdo de Florentino clavado en el pensamiento, con su nombre en los labios, como la razón de toda su vida. Gracias a su cuidado no se perdieron los autógrafos del poeta, que cedió a la Biblioteca Nacional.⁷

Como a Carrere, también a nosotros la figura de Matilde nos parece digna de un tierno recuerdo. El escritor, a través de estas líneas, nos muestra ya una de las facetas más marcadas de su personalidad: su actitud compasiva ante las personas maltrechas por la existencia.

Pero la vida pasa y la infancia no entiende de melancolías. No había cumplido Emilio los nueve años y ya pudo bajar a jugar

6 *Ibíd.*

7 Emilio Carrere: «Doña Matildita o la flor del romanticismo», en *Madrid*, año IV, n.º 977 (miércoles 27 de mayo de 1942), p. 3.

a la plaza de Oriente. Para el niño fue el descubrimiento de un mundo nuevo que evocaría emocionado muchos años después:

(...) las minúsculas carrozas de la ilusión infantil –los mismos cochecitos con campanillas en los que nosotros dimos la vuelta a la plaza, con la emoción inédita de dar nuestra primera vuelta al mundo– donde han gritado su alborozo nuestros hijos y donde reirán muchos seres que aún no han nacido... Es exactamente la misma viejecita, el mismo borriquito simpático y la misma carroza del primer viaje de nuestra vida. No podemos dudar que esto tiene su misterio. Esta vieja que no envejece más y que no se muere nunca es el Hada de los jardines de la plaza de Oriente. Vivirá aquí todas las primaveras hasta que la plaza se hunda definitivamente. Conviene que los niños se enteren de que es un hada auténtica. Los niños, como los poetas, deben creer en lo sobrenatural. Es abrirles el alma al milagro.⁸

Risas y canciones en la plaza de Oriente

¿Y qué ve el pequeño Emilio desde el cochecito sonoro de su infancia? Ya adulto evocó esas imágenes de la infancia que, indelebles, permanecen para siempre:

Estampa de damiselas con moño alto y de cadetes con pantalón encarnado, que oían con emoción las canciones de corro que cantaban las niñas sobre la fresca música de las fuentes –salterios de cristales en las noches azules– poniendo la letra de su corazón a la vaga armonía del momento.⁹

El niño saboreó por vez primera la libertad de descubrir los más incógnitos rincones y de transmutarlos según los dictados de su imaginación. El eterno femenino se le aparece entonces al pequeño. Un día se cruzó con una niña muy linda y tuvo la ocurrencia de celebrar su belleza estampándole un beso. El tortazo fue inmediato para perplejidad del donjuán de pantalón corto y

8 Emilio Carrere: «La plaza que sueña», en *ABC* (9 de abril de 1936).

9 *Ibid.*

el misterio del Eterno Femenino entró así, de sopetón, en la vida de Emilio.

Más allá de estas catástrofes sentimentales, en la plaza de Oriente conocerá las canciones que cantan las niñas mientras juegan. Las canciones populares e infantiles siempre atrajeron al escritor, y las introdujo a menudo en sus poesías y artículos para imprimir en sus obras el suave sello de la nostalgia. En palabras del escritor: «Esta gloria ingenua que da la voz de los niños es la gloria mejor para un poeta». ¹⁰ Muchos años después evocará las tardes de mayo y las alegres canciones de las niñas:

Cantan una ingenua canción infantil,
y del blanco idilio la casta emoción
se abre en las almitas de nardo y marfil
como el lirio, príncipe de la Anunciación.
«Yo me quería casar
con un mocito barbero,
con redecilla de seda
y una rosa en el sombrero». ¹¹

Pero la realidad vuelve inmisericorde a hacer callar las risas y las canciones. Doña Manolita, siempre en su afán de economizar, se mudó a otra habitación en la calle del Espíritu Santo, cerca del Museo del Prado. Emilio jugaba con los niños de la calle y se enamoró de una prima, probablemente Amelia, maestra por lo tanto en primeras letras y en primeros amores.

Con el despertar de los sentimientos, nace el afán artístico todavía vagaroso y desdibujado como una línea difusa en el horizonte. Emilio, en estos años iniciales, cree encontrar su vocación en la pintura y, siguiendo este afán, se apunta a las clases de dibujo del Centro Instructivo del Obrero en el número 3 de la plaza de la Villa.

10 Emilio Carrere: «La musa de los jardines», en *Retablillo grotesco y sentimental*. Madrid: Mundo Latino (s. f.).

11 Emilio Carrere: «Tarde de provincia», en *El caballero de la muerte*. Madrid: Aguilar, 1946, p. 115.

Más allá de los pinceles y de los colores, el joven Emilio no tardó en sentirse atraído por la palabra y, por esta razón, se apuntó a las clases de declamación que don Juan de Casañer impartía en el centro:

Los alumnos aguardaban sentados en unos viejos bancos de madera que aún se conservan en el vestíbulo de la Hemeroteca. A las ocho de la noche llegaba un imponente caballero con levita y sombrero de copa. Era el profesor D. Juan Casañer, un antiguo actor, camarada de D. Pedro Delgado y de Antonia Contreras. Estaba ya retirado del teatro; pero la necesidad le obligó a volver al escenario (...).

Su libro de texto –lo había sido durante muchos años en el Conservatorio– era el *Manual de declamación*, de Julián Romea. De allí salieron algunos actores profesionales. Lo interesante era el entusiasmo por los versos y por el teatro de aquella juventud artesana.¹²

Más allá de la pasión por las tablas, una pasión se alzó por encima de todas en la vida de nuestro escritor: la del vagabundeo en libertad. Carrere seguía con sus correrías por las calles y conoció en la plaza de Oriente a los hermanos De Miguel: Mariano, Ascensión, Raúl y Víctor. Eran hijos del violonchelista y nietos del pintor y todos ellos herederos del temperamento artístico de la familia.

Aquí hemos de insistir en la fascinación que siempre supuso para nuestro poeta el encanto femenino. No resulta sorprendente que Emilio, de entre los hermanos De Miguel, se interesara especialmente por Ascensión (Checha) una chiquilla de trenzas doradas y traje de raso negro que contrastaba con su palidez. A pesar de la avanzada edad de la chica (¡quince años!) el pequeño Emilio salvó todo escollo, no dudó en declararse y pudo apuntarse el tanto de considerarla su primera novia:

12 Emilio Carrere: «Los pequeños escenarios de hace medio siglo», en *Madrid*, año VIII, n.º 2157 (miércoles 13 de marzo de 1946), p. 3.

¡Oh, sus rubias trenzas,
 sus pupilas claras!
 ¡Oh, primera novia,
 divina y lejana!
 Quince años tenía,
 y era toda blanca.
 ¡Quince años! ¡Qué dulces
 floridas palabras!
 Tocaban a gloria
 las áureas campanas
 y yo las sentía
 dentro de mi alma.¹³

El primer amor

El recuerdo de Checha fue el recuerdo del primer amor, el que nunca se olvida. Carrere la evocaría con nostalgia muchos años después:

Era en la hora de mi adolescencia, cuando todo tenía un sentido inédito y luminoso para mi corazón. De aquel tiempo, recuerdo una figura femenina, toda blanca y dorada, como rodeada por un nimbo.

Esta mujer está beatificada en mi memoria y me parece una virgen dorada e irreal de un libro de horas.

Se llamaba Ascensión, y su nombre me suena a campanas pascuales, huele a las acacias de mayo, y lo veo ante mis ojos todo azul como aquellas mañanitas de mi adolescencia.¹⁴

Por desgracia, el padre de Checha, el violonchelista («Un señor enorme, calvo, bizco, con cabeza grotesca de gárgola») odiaba al joven enamorado, viajero del espacio azul. Emilio, ignorando las furias paternas, inicia entonces lo que será una práctica permanente en su vida, la seducción a través del verbo:

13 Emilio Carrere: «Resurrección», en *Emilio Carrere. Sus mejores versos*. Madrid: «Los Poetas», año 1, n.º 21, 1928, p. 14.

14 Emilio Carrere: *Almas, brujas y espectros grotescos*. Madrid: V. H. De Sanz Calleja (s. f.), p. 145.